

# LA LARGA CAMINATA

Por María Fernald Zytkoskee

-Omah (mamita) -preguntó Song Kun al parecer por milésima vez-, ¿por qué tenemos que seguir caminando? ¡Estoy tan cansado! Parémonos.

-Hijo, tenemos que seguir caminando -dijo ella mientras se acomodaba el gran bulto que llevaba sobre la cabeza. Entretanto, el bebé que llevaba a la espalda sollozaba porque se iba durmiendo y su cabecita se movía de un lado a otro al ritmo de los pasos de su madre -Tu hermana te va a ayudar si estás cansado, hijo -lo consoló ella.

-Pero -insistió el muchacho-, creo que es mejor detenernos. ¿Qué va a ocurrir si los soldados nos toman otra vez y descubren que hemos desobedecido? ¿Qué harán con nosotros esta vez? Omah, me asustan con su vozarrón.

-Debemos seguir caminando. Queremos reunirnos con papá y él está en Seúl. Si nos detenemos ahora, puede ser que nunca volvamos a verlo.

Esta era una tarea muy difícil y grande para esa valiente madre. El padre se había ido a Corea del Sur para conseguir trabajo, y ahora habían venido los soldados y la pequeña familia había quedado separada por la lucha. Quedaba una sola cosa que hacer: ¡Ir!

Cada vez que los soldados los detenían, el grupito tenía que pasar un tiempo en la cárcel. Luego eran interrogados y se les hacía prometer que volverían a la casa. Sus respuestas eran inteligentes; no querían mentir, pero nunca volvían atrás aunque estuvieran cansados y hambrientos, y tuvieran miedo. Por fin llegó el día cuando se reunieron con su padre. Pero ése no fue el fin del viaje para esta familia. La lucha se fue acercando más y más hacia el sur, y ellos tuvieron que evacuar la zona para ir a Chei Jew Do, una isla que queda al suroeste de la costa de Corea. Había que recorrer más camino transportando cosas. Pero ahora el bebé que la mamá llevaba a la espalda no era el mismo, y tras ella seguían otros dos piececitos. ¿Mucho sacrificio? ¡Por cierto! Sólo la eternidad revelará los sacrificios que esa madre hizo por sus hijos. Pero finalmente Corea de nuevo llegó a ser "la tierra de la calma matutina", y esta familia volvió a establecerse en su hogar. Song Kun creció y asistió a nuestra escuela de iglesia, a nuestra escuela secundaria y a nuestro colegio de Seúl.

Song Kun se había convertido en un joven. Anhelaba llegar a ser un médico como el Dr. Rue: alguien que estuviera en condiciones de ayudar a otros, alguien que supiera qué hacer cuando había fiebre, o un hueso roto, o algo en el cuerpo que andaba mal y que había que sacarlo. No podía pensar en otra cosa. Oró mucho acerca de ello. Había muchos problemas. No tenía dinero, casi no tenía ropa, no podía comprar los libros, pero deseaba de todo corazón llegar a ser un médico. Finalmente Song Kun caminó por fe, como hacía muchos años su madre lo había hecho al dirigirse a Corea del Sur, y comenzó su larga carrera en la escuela de medicina.

A medida que Song Kun fue estudiando, orando y sirviendo a Dios, el dinero fue llegando. No todo de una vez, pero lo necesario cuando más lo necesitaba. Tuvo el problema del sábado. En la escuela nunca le prometieron que podía tener el sábado libre. Siempre le dijeron que iba a fracasar y que no podría rendir los exámenes que caían en sábado. Nunca llegó al punto de poder estar tranquilo acerca del problema del sábado. Sin embargo permaneció fiel, y de alguna manera cada vez se le permitió rendir los exámenes, no como un héroe que hace lo que está bien, sino con los que tenían malas notas y tenían que dar exámenes por segunda vez. Pero a Song Kun no le importaba en lo más mínimo la humillación. Sabía que estaba haciendo la voluntad de Dios. ¿Era difícil? Sí, era difícil, pero él estaba acostumbrado a las cosas difíciles. Había sido educado por una madre fiel y un padre temeroso de Dios. Por causa del sábado, tuvo que quedar un año más en la escuela; pero estuvo dispuesto a hacerlo con tal de permanecer fiel a Dios. Por fin llegó el día cuando Song Kun recibió su diploma y el privilegio de ser llamado "doctor".  
(Sé fiel a Dios siempre)